

Almendrita

Érase una vez un matrimonio muy apenado porque no podía tener hijos. Los esposos deseaban, más que nada en el mundo, compartir su amor con un niño. Tanta era su tristeza, que se pasaban las noches enteras llorando por no poder acunar a un bebé.

Habían probado todos los trucos y remedios que conocían sin que la mujer se quedara embarazada. Desesperados acudieron a la hechicera del lugar. La bruja se compadeció mucho de ellos y les entregó una semilla de cebada para que la plantaran en un tiesto. El marido y la mujer se miraron asombrados sin entender lo que pretendía pero siguieron sus instrucciones.

Días después brotó una preciosa flor en la maceta. En medio de la planta estaba sentada una niña tan hermosa como diminuta. Por su tamaño, igual que el de una almendra, su madre la llamó Almendrita.

Ningún nombre habría podido describirla mejor. Era tan pequeña que su padre la paseaba asomada al bolsillo de la chaqueta. Una cáscara de nuez le servía de cuna y se bañaba en un dedal. No les importaba que fuera así de chiquita porque había llevado una gran felicidad al hogar del matrimonio.

Una noche un sapo secuestró a Almendrita cuando dormía. Mientras soñaba con mirar el mundo desde lo alto de una gigantesca montaña, el bichejo la arrastró sigilosamente a su cueva para casarla con su hijo.

La madre quedó horrorizada cuando descubrió la camita vacía por la mañana. Desesperados y medio dormidos buscaron a su hijita por todos los rincones de la casa.

- Es tan diminuta que puede estar en cualquier sitio –se lamentaban.

Muy lejos de allí los sapos se concentraban en organizar la boda a la que estaba invitada toda la charca. En tanto decidían dónde sentar a sus parientes, dejaron a Almendrita en una hoja de morera junto a la orilla. Desde aquella altura no podría escapar.

Tan cerca estaba del agua que los peces cortaron el tallo y la deslizaron subida a la hoja por la corriente del río. Los sapos no se enteraron porque estaban despistados probándose el chaqué.

Al pasar cerca de tierra, Almendrita saltó a la orilla donde se encontró con un escarabajo. Al insecto le gustó tanto aquella diminuta niña que se la llevó a su casa para casarse con ella...

...pero todos sus amigos se rieron de él.

- Un escarabajo debe casarse con una escarabaja –le picaban.

Cansado de sus burlas, el escarabajo devolvió a la niña al lugar en el que la había conocido y se buscó una novia escarabaja para que le dejaran en paz.

Pasito a pasito, Almendrita llegó caminando a la casa de una ratita silvestre.

- ¿De dónde vienes niña? –le preguntó curiosa.

- Un sapo me secuestró y me llevó a su cueva para casarme con su hijo. Después los peces me raptaron y acabé viviendo con un escarabajo muy feo que también quería que fuera su esposa. Pero sus amigas escarabajas le dijeron que no se casara conmigo y me devolvió al mismo sitio en el que me encontró. Desde allí vengo andando –explicó Almendrita su aventura.
 - No te preocupes. Podrás quedarte a vivir conmigo –se ofreció la simpática ratita.
-

Con el tiempo las dos se hicieron muy amigas. Almendrita conoció a sus nuevos vecinos, entre los que estaba un topo cegato que acabó enamorándose de ella. Así que el animal también le propuso casarse con él pero la niña le rechazó. A ella le gustaba mucho el sol y el topo no podía soportarlo. Por eso vivía en una cueva bajo tierra. No estaban hechos el uno para el otro aunque también se hicieron buenos amigos.

Así conoció Almendrita a la golondrina con la que el topo compartía su madriguera. Durante el invierno hablaron muy poco ya que siempre estaba dormida. Hasta que un día de verano, estando Almendrita de visita, el pájaro despertó con el calor. Estiró sus alas cuanto pudo y charló con la niña.

- ¿Quieres acompañarme en mis viajes? –invitó a Almendrita.
- ¡Sí, sí! Iré contigo porque ya estoy aburrida de vivir aquí.

- Súbete en mi lomo –le dijo la golondrina.

Sobre su espalda, Almendrita sobrevoló el país. En tierra pudo ver a sus padres, que la seguían buscando.

- Estoy bien, padres. Me marcho a explorar con mi amiga la golondrina -les tranquilizó desde el cielo.
 - Con lo pequeña que es y lo alto que ha llegado –bromeó el matrimonio.
-

Finalmente la golondrina aterrizó en un campo con muchas flores donde reinaban los pájaros. Cada flor contaba con su rey y su reina. Pero había una que sólo tenía rey, el gobernante de los pájaros.

El rey estaba muy triste entre tanta pareja. Su flor le parecía demasiado grande para él solo. En cuanto vio reír a Almendrita cayó rendido a sus pies. Así que le ofreció que fuera su reina. Ella aceptó encantada y se casaron.

Almendrita, pese a su minúsculo tamaño, llenó la flor con su alegría. Y cumplió su sueño. Para que pudiera acompañarle en sus paseos, el rey de los pájaros le regaló unas alas con las que volar juntos. Desde las nubes el mundo ya no le parecía tan enorme.

Fin